

## II

## EL RUMBO ESPAÑOL

Oliveira Martins, intrigado por el carácter enigmático de la historia española, al que ya hemos aludido, escribía: “El carácter excepcional y extraño que la historia peninsular ofrece en sus grandezas y en sus aberraciones; los rasgos fundamentales que le dan en el concierto de las naciones europeas lugar aparte, constituyen uno de esos enigmas históricos.”

“Pero el enigma no es la historia; y al poner mano en los acontecimientos que la forman, debemos reconocer siempre lo complejo de los orígenes y lo intrincado de los fenómenos.”

A pesar de esta complejidad interna de hechos, factores y motivos, el historiador sorprende la unidad del conjunto, no en el suelo, la raza y el momento, al modo de Taine, sino en “el alma peculiar de la civilización en sus períodos de madurez.” “Es para nosotros incuestionable — insiste el autor —, que sin el estudio de estos sentimientos íntimos que agitan y dirigen en última instancia el alma del pueblo, no podrá comprenderse ni la fisonomía colectiva, ni la historia.”<sup>21</sup>

Merriman, al plantearse la estructura y sentido del Imperio Español, ha creído ver la misma unidad, cuasi orgánica, de la historia española, el mismo rumbo. “El imperio español de Fernando e Isabel — dice —, y de sus sucesores tiene sus orígenes en el más remoto período de la antigüedad.”<sup>22</sup> “España — en el sentir de Julián Juderías —, persiguió una idea, idea generosa y civilizadora, idea de igualdad y de justicia donde las haya, idea propia de la nación del derecho y de la igualdad, el

sublime concepto que se lee en las *Partidas* y que no necesitaba cortar cabezas, como los revolucionarios franceses del siglo xviii, para hacer que arraigase en las conciencias de sus hijos.”<sup>23</sup> La obra de Juderías vale muy poco, a causa del prejuicio de elogio a todo trance que la anima, y vale menos en la proximidad de Oliveira Martins y Merriman; pero es testimonio acumulativo de este carácter unitario de esa historia.

Ganivet, que tan profundos atisbos ha dejado para la interpretación de la historia española, se explica así su sentido de unidad: “La esencia en la historia es el ligamen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar: sólo a este precio se puede escribir una historia verdadera, lógica y útil... En la historia no es posible colocar unos hechos delante de los otros como las figuras u objetos de un cuadro, todo está fundido en la personalidad nacional, y en ella debe aquilatarse la importancia relativa que los sucesos históricos tuvieron.”

“La vida de una nación ofrece siempre una apariencia de integridad de funciones, porque no es posible existir sin el concurso de todas ellas, mas conforme transcurre el tiempo, se va notando que todas las funciones se rigen por una fuerza dominante y céntrica, donde pudiera decirse que está alojado el ideal de cada raza, y entonces comienza a distinguirse el carácter de las naciones y el papel que han representado con más perfección en la historia o comedia universal.”<sup>24</sup>

Guiados por esta persistencia en la unidad española, que reside en su espíritu, en la fisonomía colectiva, y no en las funciones y hechos de su historia, inquirimos, por los rasgos fundamentales de ese carácter. Reduciéndolos a un mínimo esquema, pero evitando “los sistemas simplistas, empeñados en formular de un solo modo problemas múltiples”, buscamos en sus propios analistas, en “las instituciones de la raza ya unificada” esos *sentimientos* a los cuales “corresponde el papel principal

en el drama de la historia.”<sup>25</sup> Orts González dedica la primera parte de su obra *El Destino de los Pueblos Ibéricos*, a revelar la estructura de esa *Alma Española*, que tanto interesó entre otros, al psicólogo inglés Havelock Ellis. Siguiéndole, en la compañía de Altamira, Ganivet, Madariaga, Waldo Frank, me aventuro a señalar cuatro rasgos sobresalientes y avasalladores de la psicología española: originalidad, individualismo, quijotismo y llaneza. Los rótulos no agotan el contenido espiritual significado.

*Lo originario.* — Waldo Frank ha hecho famosa la primera página del *Idearium Español. La España Virgen* es el alma inagotable, creadora, original de la nación. “En el fondo de ese dogma — el de la Concepción Inmaculada — debe haber algún misterio que por ocultos caminos se enlaza con el misterio de nuestra alma nacional; acaso ese dogma es el símbolo; ¡símbolo admirable! de nuestra propia vida...” Una ojeada a la interpretación del mito, en la obra de Cassirer, *Filosofía de las Formas Simbólicas*, o en la de Susana Langer, *Filosofía de una Nueva Clave*, iluminaría ese oculto camino que adivinó la sensibilidad poética de Ganivet. “Cuando contemplamos los varios aspectos del temperamento español, revelado en la vida diaria, en la religión, en la literatura y en la política, hallamos que todos ellos se coaligan en un cuadro más armonioso que el presentado con frecuencia. Son todas manifestaciones de una raza primitiva desde su origen, la cual, bajo la presión de un contorno particularmente estimulante y endurecedor, ha retenido a través de todas las etapas de su desarrollo, un grado insólito del vigor juvenil, de la selvática elemental de su nacimiento.”<sup>26</sup>

El valor de España para el momento actual, pensaba el conde Keyserling en 1926, reside en ser “representante de lo que es cósmico originario, de lo que ha sido y será anterior a toda la historia.”<sup>27</sup> La obra de Havelock Ellis parece escrita para demostrar esa interpretación. “España representa, sobre todo, la manifestación suprema de cierta actitud primitiva y eterna del

espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, dirigida, no hacia el logro de la comodidad o la ganancia, sino hacia las realidades más básicas de la existencia humana.” (*Op. Cit.*, pág. VIII). Es el impulso creador, ligado íntimamente a las fuerzas generatrices y aborígenes de la vida lo que permite la conservación de la actividad mitologizante en España. “El pueblo español no ha roto, como los pueblos europeos, las comunicaciones de la mente con aquellas zonas profundas del ser donde se generan mitos heroicos y teogonías.”<sup>28</sup>

La aludida profesora Langer explica el agotamiento espiritual del mundo contemporáneo. “Para la mayoría de las personas los símbolos antiguos, de obvio sentido natural, han pasado a ser figuras literarias, y a veces, ridículas. Su significado se ha disuelto por un concepto adulto y más literal, de la realidad, la “visión práctica” que interpreta el sol, y la luna, y la tierra, y el mar, el crecimiento y la destrucción, como *ley natural* y *hecho histórico*.”

“No obstante, *por entre los hechos* se deslizan los hilos de una realidad incógnita, identificada de súbito, cuando afloran a la superficie...”, entonces nace el mito<sup>29</sup>. España ha retenido esa sensibilidad para la captación de la fuerza vital, aborigen e inédita.

Un teólogo inglés, de excepcional hondura, ha señalado “el poder transformador” como uno de los rasgos característicos de lo espiritual. Sospecho que es este “poder” lo que la profesora Langer llama “la transformación simbólica”, poder que la Biblia describe en Dios diciendo: “Creó Dios al hombre a su imagen.” “No hay mejor ejemplo — dice Robinson — que la transformación de la Cruz en Cristo, del instrumento mortífero de un soñador en el supremo altar de la devoción cristiana...”<sup>30</sup> Este poder transformador se manifiesta en la historia de España como la nota sobresaliente de su espíritu.

Bajo la variedad física del hombre hispánico, bajo el aluvión de innumerables invasiones de pueblos extraños, subyace lo ibérico, y de ello proviene el perdurable carácter de lo genuinamente español, que no es latino, ni árabe, ni gótico... ¿Trátase de un misterio telúrico? ¿De un misterio espiritual? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que entrañado en el español, de formas cambiantes según regiones y épocas, pervive el ibero, más viviente que los egipcios, los hebreos, los cretenses, los etruscos, los celtas<sup>31</sup>.

“España – afirma Ganivet –, fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.” (*Idearium*, p. 13). “Nosotros poseemos en grado eminente, como nadie, el poder de caracterización...” (*Op. Cit.*, p. 115). Manuel Gálvez nota ese poder asimilador concretado en símbolos plásticos. “En España cada ciudad tiene un carácter, un alma...” Lo explica con cita de Salvaverría: “El español es un ser único, diferente de todos los hombres que pueblan la tierra.”<sup>32</sup>

El símbolo más profundo, sin embargo, de la originalidad y la creatividad española es su misticismo: “es la afirmación de la voluntad humana, es naturalista. El español... de lo más hondo de su alma saca una solución paradójica, que espanta a la escuela de los doctores y da al catolicismo nuevos alientos contra el misticismo clásico de la Reforma.” (Léase protestantismo). “La manifestación más original y abismante del genio ibérico es la mística” – dice Ricardo Rojas. Hay en ella una “Revelación de un Cristo viviente... esfuerzo voluntario de la virtud personal y anhelo de inmortalidad personal en el amor del Dios humanado... *Las Moradas* y el *Quijote* son los dos libros más reveladores del misterio español.”<sup>33</sup>

Tomemos nota especial de esta importancia sobresaliente del misticismo español, tal vez sea ello el índice más certero para

señalar el rumbo del genio español y el escollo de su naufragio. El erudito alemán Adolfo Deissmann ha caracterizado con suma nitidez la diferencia entre los dos tipos fundamentales del misticismo: de acción y de reacción, pasivo y activo. El misticismo pasivo “busca la absorción en la deidad”, el de reacción “recibe la comunión con Dios como una dádiva de gracia.” Saulo de Tarso es el arquetipo del misticismo reactivo, de *comunión*, más que de *unión*<sup>34</sup>. Este es también el tipo de misticismo de la santa de Avila, la expresión más genuina de lo español.

“El espíritu español no enmudece como algunos piensan – responde Ganivet –, para dejar el campo libre a la acción: lo que hace es hablar por medio de la acción.” (*Op. Cit.*, pág. 16).

“Fabla, Pero Mudo, varón que tanto callas” – ordena el Cid a su compañero, en la Corte de Alfonso VI. Y habló el héroe español, para reconvenir y afear la conducta de Fernando González con esta lacónica y profunda respuesta:

“¡Lengua sin manos, quomo osas fablar!” (versos 3301 y 3328).

“En el principio era el verbo” – dice San Juan. “En el principio era la acción” – dice Goethe<sup>35</sup>. Es una diferencia de perspectiva. El *Logos* de Dios es su acción. El cardenal Manning lo comprendió así al describir el Espíritu Santo de este modo: “Lo que El hace, eso es El.”<sup>36</sup>

“La mayoría de los místicos españoles – a juicio de una autoridad en la materia – son personajes enérgicos, emprendedores, muy activos, y la acción predomina tanto como la contemplación.”<sup>37</sup>

Salvador de Madariaga, buscando el perfil del estilo español por vía de contraste, destaca la pasión como el rasgo avasallador y determinante de la estructura espiritual española, en comparación con el pensamiento en el francés y la acción en el inglés. “En su esencia, la pasión es una sensación de unión con la corriente de la vida que dejamos *pasar* en nosotros (pues la lengua

tiene a veces coincidencias geniales) exaltándonos... en la pasión nos dejamos ir a la velocidad y a la dirección de la corriente vital... El hombre de pasión vence los obstáculos invencibles. La acción en el hombre de pasión tiende a ser desmesurada y continua. Hallamos aquí la tercera línea de acción... una pausa seguida de una explosión súbita de voluntad... El español no es teatral, sino dramático. Concibe la vida a la manera de un drama..."<sup>38</sup> Para Calderón, la vida es *El Gran Teatro del Mundo*. "La psicología del hombre de pasión — prosigue Madariaga — es ante todo *subconsciente*, puesto que recibe su primer impulso y sus más sutiles reacciones de la corriente vital que le llega de la misma naturaleza." (*Ibid.*, p. 128). Es el arraigo profundo del alma española en la corriente de la vida lo que da al extranjero esa impresión del salvajismo originario, de naturalismo y de eternidad. "Hay en el español una tendencia a considerarlo todo *sub specie aeternitatis*." (*Ibid.*, p. 136). Al modo de Spinoza, que fué un judío *español*.

De este punto deriva Madariaga el análisis del alma colectiva, una estructura de contradicciones: integralidad e individualismo, universalismo y personismo, reserva y espontaneidad, indiferencia y exaltación, contemplación y dramatismo, dominándolo todo, finalmente, el amoralismo, el humanismo y el individualismo. El *espíritu aventurero* y el *punto de honor*, lo más obvio del carácter español colectivo, son consecuencias eminentes de esa estructura de contradicciones. "El honor es un criterio subjetivo de acción... y, sin embargo, es hondamente sensible al criterio colectivo." (*Op. Cit.*, pág. 78). "El hombre de pasión es a la vez más universal y más individual en sus pasiones que el hombre de acción... Así pues... llegamos a precisar el ritmo de su vida pasional como una *oscilación entre el Yo y el Todo*. (*sic.*) Egotismo e integralismo, todas las pasiones y una sola pasión." (*Ibid.*, págs. 131 y 135). Cuando se

tuerza violentamente el rumbo español, estas contradicciones producirán la explosión atómica, la destrucción de España.

*El individualismo*. — En este clarividente análisis, Madariaga ha señalado la relación íntima de los cuatro aspectos que hemos señalado como definitorios del carácter de la nación y el rumbo de su historia. De este universalismo originario, pasa el español al otro extremo, al individualismo. "La paradoja — afirma el psicólogo — no es más que aparente, puesto que la experiencia individual es la más segura, si no la única, avenida hacia la universalidad... El hombre de pasión *tiende a personalizar sus pensamientos*. Así aparece como condición esencial del tipo apasionado, esa tendencia tan española a colocar al hombre, o, mejor dicho, al yo, en el centro de todas las ideas." (Madariaga, *Op. Cit.*, págs. 130-131). De aquí pasa a contemplar el desarrollo de la historia española como la expresión de ese ritmo de oscilación entre los dos extremos, el hombre y el universo<sup>39</sup>. La tendencia objetivadora es, desde el ángulo humano, la manifestación inmediata y esencial del espíritu. El hombre español la ejerce hasta durmiendo, siempre en tensión apasionada: Yo y el mundo.

La tendencia regionalista que Merriman hace resaltar en su historia del Imperio es una consecuencia de este poder transformador y personificante del espíritu español. La patria es una personificación del contorno geográfico del individuo. "Como pasión, el español la siente con fuerza, tanto más cuanto que el amor del país natal implica amor de sí mismo, puesto que la patria vive en el individuo... En España la pasión patriótica tiende a someter la patria al individuo y no el individuo a la patria." (Madariaga, *Op. Cit.*, pág. 277).

En otro libro suyo, *España*, dice este mismo autor: "Mientras la monarquía intenta mantener la unidad religiosa del país, las diversas regiones continúan viviendo una vida autónoma..."

la antigua división en reinados separados, heredada de Fernando e Isabel, se mantuvo siempre.” (Versión inglesa, pág. 53).

A esta pasión patriótica el español subordina, desde un principio, la ortodoxia católica romana. La independencia con respecto a la Santa Sede se manifiesta en suelo español desde los propios comienzos de la obra misionera; siguiendo más la tradición africana, expresa en los cánones del Concilio de Mela, del 416. En el noveno Concilio de Toledo (655) se adoptó más o menos el mismo canon: Las disputas entre clérigos y obispos se refieren al metropolitano, a un Concilio español o, en última instancia, a la real audiencia; pero no al obispo de Roma. Así se hizo en el caso de Prisciliano. En el Concilio de Toledo del 688 se es más explícito, no sólo en materias de gobierno, sino también en materias de dogma <sup>40</sup>.

Hildebrando halló también sus dificultades en España. La liturgia gregoriana, propuesta para substituir a la española, se sometió el juicio de Dios. Lope Martínez, caballero castellano, lidió a favor del rito español, y un mozárabe, de Toledo, por el romano. El caballero castellano salió vencedor. Alfonso VI, aliado de Gregorio VII, logró imponerse luego sobre los nacionalistas castellanos. “Los cluniacenses — dice Menéndez Pidal — eran los encargados de desorganizar ese nacionalismo español, los mismos que por entonces combatían también la iglesia nacional en Alemania.” El Cid y Bernardo, campeones del pueblo, fueron derrotados. La tradición española perdió su primera escaramuza <sup>41</sup>.

El pueblo, sin embargo, mantuvo su independencia frente a la jerarquía, y aun frente al soberano. “Los ciudadanos de Santiago — dice Altamira —, se alzaron más de una vez contra él (obispo Gelmírez, aliado del Papa Sixto II, de los cluniacenses, y de los soberanos) parte por las circunstancias políticas, parte por la pugna que sostenían ya contra los obispos para lograr el nombramiento de jueces y autoridades propias... El movi-

miento de independencia popular era general en todo el reino... originando numerosas luchas... con incendios de castillos, asesinatos, robos y crímenes de todo género. En uno de los alzamientos el obispo se vió reducido al último extremo con la reina Urraca, que se hallaba en la ciudad. El pueblo los sitió en la iglesia, y luego en una torre, a la que pegaron fuego los amotinados para que pereciese el obispo. A la reina, a quien permitieron salir, la maltrataron, no obstante, de palabra y obra, dejándola tendida en el suelo, medio desnuda; y el obispo pudo a duras penas escapar disfrazado de mendigo.” <sup>42</sup>

La importancia soberana de la persona individual produce en el español, no sólo la democracia humana más auténtica de Europa, sino la tolerancia moral que ya hemos mencionado. “España — afirma Oliveira Martins — fué siempre una democracia. Lo fué en su estado de tribu; lo fué bajo el régimen municipal romano... Este hecho social histórico, amalgamado con el carácter de la raza... hizo de la península una democracia.” <sup>43</sup>

Este profundo respeto por la persona como tal arrancó a un inglés, muy conocedor de España, este sincero elogio: “España, lo digo en su honor, es uno de los pocos países de Europa donde nunca se insulta a la pobreza ni se la mira con desprecio... he de decir en pro de los españoles que ningún pueblo del mundo muestra en el trato social un aprecio más justo de la consideración debida a la dignidad de la naturaleza humana, ni comprende mejor el proceder que a un hombre le importa adoptar respecto de sus semejantes.” <sup>44</sup>

*Quijotismo y Sanchismo.* — Los otros dos rasgos típicos del español han sido encarnados en los dos personajes inmortales: don Quijote y Sancho. Uno es la exaltación, el espíritu romántico, caballeresco, medieval, de que nos habla Havelock Ellis. El otro es el sosiego, la llaneza, la reserva de que nos habla Madariaga. Don Quijote es el idealismo, el espíritu de

Cruzada, la justicia abstracta, el amor platónico, la ortodoxia dogmática; Sancho es el realismo, el defensor de los mansos borregos y de los industriosos molinos de viento, la justicia humana, el amor hogareño, la tolerancia moral. “El entendimiento que más hondo ha penetrado en el alma de nuestra nación, Cervantes, percibió tan vivamente esta anomalía de nuestra condición, que en su libro inmortal separó en absoluto la justicia española de la justicia vulgar de los Códigos y Tribunales: la primera la encarnó en don Quijote y la segunda en Sancho Panza.”<sup>45</sup>

Una vez más, debemos a Madariaga, el haber iluminado la íntima correspondencia de estas dos polarizaciones del alma española. “Ocurre en este lugar — dice, refiriéndose al pasaje de la cueva de Montesinos — uno de esos casos de coincidencia entre el estado de ánimo momentáneo de un personaje y el estado de ánimo normal y dominante de un autor. Cervantes es una naturaleza doble, un idealista desengañado, refugiado en el humorismo humano e indulgente, y, por otra parte, un realista clarividente con ribetes de cínico. Su estado de ánimo dominante es precisamente el mismo a que la lógica de su espíritu creador había de traer a don Quijote en el curso de esta aventura. En estos casos se produce, por ley natural, un efecto de resonancia psicológica, y el autor influye inevitablemente sobre el héroe.”<sup>46</sup> Pero es más aún: la dualidad de la obra expresa no sólo la dualidad del autor, sino de su patria. La obra es hija del desengaño, del resentimiento, diría Max Scheler. “Hemos aquí ya en pleno realismo, un realismo regocijado, revelador de los estragos que en el alma de don Quijote (Cervantes y España) ha hecho la resignación (resentimiento).” Cervantes se burla de lo que él y España quisieron ser y no pudieron llegar a ser. El genio poético del autor contempló, siglos antes, la frustración, término ineludible del nuevo rumbo español.

El realismo español queda fotografiado magistralmente en

este análisis del escudero: “Este contraste entre su seguridad en lo concreto, y su incapacidad y puerilidad en lo abstracto, constituye el eje del carácter de Sancho... El es, en cierto modo, una transposición de don Quijote en una clave distinta... Fenómeno que se revela con claridad meridiana cuando el caballero revela a su criado la identidad ideal de Dulcinea... Esta revelación, que de igual a igual le habría sido fácil, se le hace penosa a causa de la falla que separa los planos de sus respectivas filosofías: la idealista consciente del amo, la realista instintiva del criado...” (*Op. Cit.*, págs. 141, 130 y 125). Pero Pero tanto en el uno como en el otro, un denominador común los revela como la complejidad de una sola persona, de un solo símbolo de la dualidad espiritual española: el sentido de lo humano. “A este sentido de lo humano se debe el poder creador de Cervantes, como el de todos los genios españoles... En don Quijote y Sancho, la mies de ideaciones, interpretaciones y símbolos que a su favor se va formando continuamente sólo se debe a la hondura de sus almas, a la riqueza del subsuelo humano, en el que Cervantes halló sus simientes e hizo crecer y adentrarse sus raíces...” (*Op. Cit.*, págs. 79 y 111).

A raíz de las Cruzadas, Santiago de Compostela, escenario de luchas democráticas, viene a ser el más conspicuo punto de peregrinaje para la cristiandad. En 1122 el Papa concede la indulgencia de Jubileo a los peregrinos que van hacia Santiago. En 1217 llegaron a Lisboa 300 barcos de peregrinos frisonos. En 1434, de Inglaterra solamente, llegaron 2.090 peregrinos, en 63 naves<sup>47</sup>. “Aun cuando España canaliza sus energías por otros cauces que los militares, es interesante observar cómo mantiene el español el mismo espíritu caballeresco, hasta las mismas formas de la milicia.”<sup>48</sup> Sigue Havelock Ellis analizando los ejemplos de Raimundo Lulio, Santo Domingo, Santa Teresa y San Ignacio de Loyola. El autor que más empeño ha puesto en la defensa de España, señala este espíritu de cruzada como

lo esencial y más valioso en lo español. La lucha iniciada en Covadonga es “una guerra esencialmente religiosa. Combatían los hispano godos a los árabes no tanto por ser invasores como por ser musulmanes... enemigos de la religión.” La razón que da el Adelantado Menéndez para justificar la masacre de franceses en las costas de la Carolina es semejante a ésta: “Los hemos muerto no por ser franceses sino por hugonotes.”<sup>49</sup> La Conquista de Granada significa, para un historiador, “el triunfo de una idea civilizadora... La idea religiosa que armó el brazo de Pelayo, el principio que puso la espada en la mano de Fernando V. La tosca cruz de roble que se cobijó en la gruta de Covadonga es la brillante cruz de plata que vio resplandecer el torreón morisco de la Alhambra... En el momento de la Reforma alemana, “España, que aún tenía el brazo tinto en sangre mora, y acababa de expulsar a los judíos, mostró en la conservación de la unidad a tanto precio conquistada, tesón increíble, dureza, intolerancia si queréis, pero noble y salvadora intolerancia.” “Persigue España... un objetivo más espiritual que mundano. El de las naciones que empeñaron la lucha con ella fué, por el contrario, más mundano que espiritual...”<sup>50</sup> Cervantes también lo creyó así. Estuvo en Lepanto; ayudó en el aprovisionamiento de la Armada Invencible. Después de Lepanto, estuvo preso en Argel; después de la derrota de la Armada Invencible, estuvo preso en una inmunda cárcel española, “donde toda incomodidad tiene su asiento.” Allí nació *El Quijote*. El pícaro, el místico y el Adelantado son tres símbolos de la fisonomía espiritual de España: La Celestina, Don Juan, Don Quijote, Sancho y Segismundo.

Para Havelock Ellis, la obra de Cervantes es “la España de hoy, tal vez más que la España de sus días”; por esa misma fuerza de vocación para la cruzada. (*Op. Cit.*, pág. 240). Y sin embargo, lo que hace de esa obra “el más universal, el más cos-

mopolita de todos los libros”, es su tolerancia, su serenidad, el sosiego en medio de la tragedia.

Ricardo Rojas, comentando el espectáculo de una Semana Santa en Sevilla, dice: “Nada de fetichismo hallé en sus “pasos”, sino que así los necesita el realismo estético del alma ibérica... Tomados en su conjunto, los “pasos” forman un drama plástico... los principales episodios del texto evangélico, plasmados por grandes escultores, glosados por originales saetas, y animados por el frenesí de todo un pueblo que concibe el cristianismo como vida. En España, la virtud más apreciada es la caridad.”<sup>51</sup> Esa vuelta continua e instintiva a la realidad de la vida hace al español, en último análisis, sobrio, grave, sosegado, y tolerante; es lo esencial español frente a lo europeo. “La gravedad, la sobriedad, la austeridad españolas han sido otras tantas garantías de permanencia”, piensa Marcel Bataillon<sup>52</sup>.

Uno de esos “miles de evangelistas”, a que alude Bataillon, el más español, el más cervantino de todos, fué Bartolomé de las Casas.

“La Providencia divina — dice este evangelista — estableció para todo el mundo y para todos los tiempos, un solo, mismo y único modo de enseñarles a los hombres la verdadera religión, a saber: la persuasión del entendimiento por medio de razones y la invitación y suave moción de la voluntad.”

“La fe consiste en el asentimiento que da la voluntad a las proposiciones que se creén, porque asentir es lo que con propiedad se llama creer... Y como la voluntad es la que manda y mueve las potencias del alma... se requiere también que esta facultad se incline y se mueva en virtud de alguna razón...”

“Pero no es posible que esto se realice sino proponiendo las verdades de la fe y de la religión sosegada, tranquila y dulcemente, de un modo suave, apacible y halagador...”<sup>53</sup>

Ese era el modo de Las Casas. Su retrato es la viva expresión de su estilo, y guarda una asombrosa semejanza con el de

su contemporáneo, tan famoso en España, Erasmo de Rotterdam. Ninguna voluntad más firme que la de estos dos humanistas. Ninguna pasión más auténtica que la de este primer apóstol americano: profunda, impetuosa y serena como los anchurosos ríos del Nuevo Mundo. Buen agustiniano, sabe que la verdad y la realidad han de corresponderse. Somete sus ideas al experimento de la Vera Paz, en Guatemala, y triunfa plenamente. Su lucha es la lucha de la España eterna contra la España de Fernando V, Carlos V y Felipe II. Su triunfo, como el de Erasmo, fué brevísimo. Su derrota significó la derrota de su España y el comienzo del nuevo rumbo español.

“En Séneca — sostiene Menéndez y Pelayo — están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, llaman la atención. Séneca es uno de los tres grandes maestros de la raza ibérica...”<sup>54</sup> Las Casas es Séneca más el espíritu cristiano: un símbolo más adecuado de la España eterna. El antecedente más ilustre lo fué Raimundo Lulio: sabio, apasionado, caballero andante de la vocación evangélica, tolerante y universal. Cervantes, hundido en la masa negra y fecunda del pueblo español, se levanta sobre todos: el más perfecto símbolo de la cultura, del espíritu, del genio ibérico. El cadáver de Cervantes honró el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, la Orden de los cristianos legos.